**Los Abedules de Frost y las Arboledas wichí: un encuentro poético y mitológico**

Guadalupe Barúa (FFyL, ICA, UBA – CONICET)

Para los wichí, los árboles son el vínculo con su hogar mitológico. Estarían asociados a “lo que siempre vive” (*lewatsancheyaj*) según se señalara en un trabajo pionero de Miguel de los Ríos sobre el significado del mundo arbóreo, en especial, en relación con el chamanismo wichí (1976). Las arboledas (*kwat*) (Palmer, 2005), se conciben como familias análogas a las humanas que conversan entre sí: sus murmullos suelen ser descifrados por los abuelos wichí mientras sueñan con una semilla de algarroba que les revelará el nombre de sus nietos (Barúa, 2001). Así, los abuelos y nietos arbóreos se relacionan con eventos importantes que les suceden a sus equivalentes humanos.

Los árboles, como las escaleras “de flechas” (Dasso, 1999) permiten en los mitos el recorrido entre la tierra y el cielo, y viceversa. Dudosamente se deba a que conciban que el cielo se halle apenas por encima de los árboles más altos, sino porque el cielo y la tierra se encuentran en dimensiones distintas aunque conectadas. Por ejemplo, cada chamán tiene su propio árbol en alguna región del cosmos al que su vida está ligada, mientras sus ramas están verdes el chamán reboza de salud “cuando sus ramas se amustian, comienza a periclitar” (cita de Metraux en de los Rios, 1976). Entre los wichí bazaneros que venimos estudiando desde 1992 −quienes residen actualmente en el área que rodea al Bermejo medio en la provincia de Formosa− tenemos referencias de que aún en la actualidad los chamanes visitan periódicamente su árbol.

Los árboles constituyen la posibilidad de su mera existencia y son, a la vez, una metáfora de la vida (que se asocia al verdor, *watsan*) que creen que nunca decaerá del todo mientras existan sus arboledas. Sus siluetas terrestres comunican con la copa formada por las estrellas de las Pléyades responsables −entre tantas otras cosas− del florecimiento, y de la fructificación del monte. Las Pléyades (*Potsethlai*) están compuestas por una multitud de estrellas. Para nuestra visión sólo son visibles siete. Para los wichí, las Pléyades parecen implicar una alianza celeste -humana orientada a la supervivencia económica y vital de los individuos. Normalmente, en esta latitud, suelen avistarse para noviembre- diciembre, época que no casualmente coincide con la abundancia vegetal. Nuestros informantes aseguran que los chamanes deben llegar a ellas desde fines de julio, antes de la primavera. Con sus atuendos chamánicos y tras la aspiración del cebil (*ha´tah; lat. Anandenanthera* *colubrina*) propician que las estrellas mayores se vayan preparando para precipitarse a tierra, tras lo cual maduran también las semillas de todas las especies y, fundamentalmente, de la algarroba que parece ser su árbol paradigmático. Conciben a la constelación como un rectángulo ocupado por la familia celeste: el padre (Luna; *wela*)*,* la madre (la mujer estrella; *katés thlukwetaj*) y sus hijos mayores y menores. Esta familia posee un ciclo vital análogo al humano: luego que los hermanos mayores maduran se precipitan desde la constelación hacia los bosques, los hermanos menores se hacen más grandes y brillantes y, cuando terminan de madurar, se deslizan también al borde de la constelación listos para precipitarse (Barúa, 2001).

Por otra parte, la influencia de las Pléyades sobre la maduración y cosecha de frutos no es sólo una creencia cultural de los wichísino que es parte del conocimiento empírico de los recolectores y horticultores del mundo que han observado las relaciones entre la aparición, la desaparición o la fijeza de los astros en la porción de la bóveda celeste bajo la que habitan, y los cambios respectivos en el mundo vegetal.

En otras palabras, las estrellas caen del borde de la constelación y se lanzan hacia los montes; se forman entonces las semillas de todas las especies, especialmente de la algarroba. Como consecuencia de ello, a fin de año maduran los frutos. Esta es la estación conocida como *Yatchep* en esta zona, época de la abundancia de frutos de algarrobo que se celebra, aunque raleadamente, hasta la actualidad (Barúa, 2004). La caída de las “estrellas maduras” de las Pléyades −constelación que es concebida como un blanco enramado− sobre las copas de los árboles terrestres provocan una lluvia de vainas de algarroba que giran como hélices en el aire y se depositan en el suelo (Barúa, 2001).

Estas concepciones nos remiten al hermoso poema de Robert Frost, “Abedules” (*Winter Interval*, 1916. En Frost, 1979: 121-122) en cuanto el profundo regocijo que le produce al niño: “lo que se creería la caída del cielo (…) desmenuzándose y precipitándose sobre el suelo” es semejante al que experimentan las personas wichí cuando esperan con ansias, cada fin de año, esa lluvia de vainas que han propiciado a través de sus chamanes. A veces, sus esfuerzos se ven coronados por una prodigalidad que resulta en una felicidad colectiva. (Barúa, 2004)

Sin embargo, para los wichí, no pocas veces el mundo cotidiano se convierte en “un bosque sin senderos”, sólo basta un descuido en sus comportamientos, que requieren la destreza del equilibrio, tanto en sus conductas como en sus pensamientos y emociones. Esto podría equivaler a la gesta del niño para balancearse en el árbol: “con el mismo cuidado que pones al llenar una taza/Hasta el borde y aún por arriba del borde”. Estos versos de “Abedules” nos resuenan singularmente a quienes hemos vivido entre los wichí:

Aprendió cuanto había que aprender/ Respecto de no lanzarse demasiado pronto/ Y por lo tanto no llevar el árbol hasta el suelo, / Siempre conservaba su equilibrio/ Hasta en las ramas más altas, trepando cuidadosamente/Con el mismo cuidado que pones al llenar una taza /Hasta el borde y aún por encima del borde/ Luego se lanzaba, los pies adelante con un chasquido/ Pataleando por el aire hasta el suelo (*He always kept his poise /To the top branches, climbing carefully/ With the same pains you use to fill a cup/Up to the brim, and even above the brim.)[[1]](#footnote-1)* (Shand y Guirri, 1976: 16-17).

De hecho los juegos infantiles, sobre todo los tradicionales, son mayormente juegos de equilibrio.

Seamus Heaney ha destacado este rasgo en el poema que también es central en el delicado arte de relacionarse unos con otros que los wichí han desarrollado. Un mundo de movimientos silenciosos, donde se cuidan las palabras evitando que se desborden y sean escuchadas por seres maliciosos. Evitar un mundo ruidoso, donde se confunden las voces, a su vez les permite, como a Frost, escuchar el murmullo de los árboles. Sus bosques hablan en una lengua original que ellos ya han perdido y que pueden rescatar mediante el ensueño (*huislek*) o apropiándose del canto de las aves. Es curioso que en la mitología wichí, sus bosques estén asociados a su ancestro mítico, Hornero. Antes de “El Gran Incendio” (Palmer 268-275):

Hornero era todavía humano. Era una persona irresponsable que se reía de cualquier cosa. Quería ir con los otros al campamento de los Hombres Fuego (…). Le advertían que no fuera: “Te matás de risa por nada, así nos meterás en problemas”(…). Fue igual. Hornero miraba cómo les salía el fuego y “contuvo la risa hasta que se le inflaron las mejillas”. Cuando uno le pegó a otro salió una llama ruidosa. “Hornero ya no pudo contenerse. Soltó una carcajada estridente”. Salieron corriendo mientras los Hombres Fuego se enfurecían, les arrojaron brasas y provocaron que se incendiaran los árboles y “se acabó la gente”. Hornero murió quemado pero de sus cenizas surgió el pájaro que hoy conocemos, aunque, dicen los wichí, que su canto es la risa de siempre. De los otros ancestros nacieron otras aves y los animales.

¿Casualmente?, el hornero también aparece en Frost como un pájaro primigenio donde el ave sabe y expresa sin palabras: “tiene el insólito don de saber cómo, en el canto, no cantar (…). El ave interpela al mundo y realiza “la pregunta que formula con todo menos palabras” (*The question that he frames in all but words)* nos señala el poeta en *“*El Hornero” (*Mountain Interval*, 1916. En Frost, 1979:119-120). A este respecto, existen ciertas resonancias con el poema de Wallace Stevens:

Me gusta cuando los pájaros, al despertar, / antes de volar prueban con sus dulces preguntas/ la realidad de los campos de bruma; / pero cuando los pájaros se han ido y ya no regresarán a sus cálidos campos/ ¿dónde está, entonces, el paraíso?” *(She says, ‘I am content when wakened birds, / before they fly, test the reality/Of misty fields, by their sweet questionings; / But when the birds are gone, and their warm fields/ Return no more, where, then, is Paradise?* (“Sunday Morning”, en Shand y Girri, 1976: 30-31).

Entre los wichí también el sonido primigenio de los árboles parece ser la marca de lo originario: “Por siempre, su sonido, más que cualquier otro, nos acerca a nuestro hogar*”* (“The sound of trees”, en Frost, 1979:156). En tal sentido, los wichí afirman poder escuchar la conversación entre las familias arbóreas en estado de ensueño, la musicalidad de sus palabras intenta evocar el sonido de lo natural y de las actividades humanas, y se apropian de los cantos a través de los espíritus de las aves para poder “ver” desde arriba, con sus ojos. (Barúa, 2013)

La necesidad de empujar la imaginación, pero poniéndole límites, busca evocar la musicalidad, pero no a través del verso libre o de la experimentación modernista: como en los wichí, los comportamientos están deliberadamente ritmados para garantizar el acceso −fugaz− (“por algún tiempo”, “*awhile*”) al mundo celeste sin el peligro de perderse, como diría Frost, “en un bosque sin senderos” (“*a pathless wood*”).

Asimismo, para comprender la relación entre la imaginación y los límites, Heaney cita una carta de Frost:

La mejor forma de captar el abstracto sonido del sentido es mediante las voces detrás de una puerta que impide discernir las palabras. (…) Pero si uno es poeta, debe aprender a obtener cadencias rompiendo hábilmente los sonidos del sentido con toda la irregularidad de su acento, atravesando el compás regular del verso. (Carta dirigida a John T. Bartlett el 4 de julio de 1913).

El verso blanco, las aliteraciones y la voz media pretenden evocar a la naturaleza ejecutando las acciones como si fuera un sujeto humano: ¿qué arquea a los árboles? “Eso lo hacen las tormentas de hielo” (*Ice-storms do that*)*.* ¿Qué hacen los árboles cargados de hielo? “Chasquean sobre sí mismos/ al levantarse la brisa, y se tornan multicolores/” (*They click upon themselves/As the breeze rises, and turn many-colored).* ¿Qué hace el calor del sol? “Los obliga a despojarse de sus cáscaras de cristal/ Que se desmenuzan y precipitan sobre la corteza de nieve/” *(… the sun's warmth makes them shed crystal shells/ Shattering and avalanching on the snow-crust—*).

No hay entes espirituales en Frost (como si los hay en el primer Yeats, el Yeats mitológico: elfos, hadas que son los que actúan en la naturaleza). Es la propia naturaleza, o aún seres inanimados, los que ejecutan las acciones en las palabras de la imaginación poética.

Los wichí se ubicarían en un lugar intermedio: los espíritus “hacen” como en Yeats pero no son otra clase de seres, son análogos a los humanos y, de hecho, existe una continuidad ontológica entre ambos. Por ejemplo, los “abuelos” arbóreos (los árboles más grandes, *thlukwuetaj*) son equivalentes a los abuelos humanos. Mientras conversan con sus nietos (las semillas, *halo thlos*), el abuelo humano busca escucharlos durante el sueño y así “conoce” el nombre del nietito por nacer, y el don que se asocia a ese espíritu arbóreo (Barúa, 2001).

Asimismo, la musicalidad asociada al canto original de las aves que mezcla notas de regocijo y de llanto, es fundamental en los wichí. Aquí también, al apropiarse del canto de los pájaros, a través de la incitación al ensueño, se supera la pérdida y se accede, momentáneamente, al consuelo y a la risa (Barúa, 2017). A este respecto, señala Heaney: “la analogía más convencional de la poesía, contiene vestigios de tiempos de edénica felicidad y libertad”. Así, nos dice Frost: “*nunca otra vez los cantos de aves serán igual, y para crearlos es que ella apareció*”, refiriéndose a la Eva del Edén” “*Never again would birds’songs be the same. / And to do that to birds is why she came”* (*A Witness Tree*, 1942. En Frost, 1979:338-339). Aquí parece entremezclarse la nostalgia wichí (Barúa, 2013 y 2017) y la de Frost.

La relación ocurre entre la tierra del mundo cotidiano y el cielo como un paraíso. La vida es vivible sólo en el éxtasis que se produce cuando los dos mundos coinciden fugazmente, tanto durante la inspiración poética de Frost como en el ensueño wichí. Balanceándose, el niño asciende por el tronco del abedul hasta acercarse al cielo. Paralelamente, los años dichosos para los wichí bazaneros son aquellos en los cuales sus antepasados celestes les entregan desde las Pléyades una profusa lluvia de vainas de algarroba.

El mundo mítico wichí refiere al “recuerdo de una experiencia soñada”, a una “hipermnesia” entre el ensueño y la visión que se define con el término *húislek* que incluye a ambos. La hipermnesia significa recordar algo que vivimos en nuestra imaginación, ya sea el recuerdo de la experiencia en otro mundo −como el mundo mítico presente en la cotidianeidad wichí− o la vívida memoria de un ensueño infantil que se nos ofrece tan bellamente en “Abedules”:

También yo en un tiempo balanceaba abedules. /También yo sueño con volver a hacerlo. /Es cuando estoy hastiado de consideraciones/Y la vida se parece en demasía a un bosque sin senderos/ (*So was I once myself a swinger of birches. /And so I dream of going back to be./It's when I'm weary of considerations,/And life is too much like a pathless Wood.)* (Shand y Girri, 1976:16-17).

En “la Figura que surge del poema”, un texto en prosa citado por Heaney, Frost define esta experiencia como “la dicha de lo perdido hace tiempo”. Pero el encanto es efímero, sólo una pausa en un mundo desangelado. Los wichí son grandes caminadores y, a la vez, minuciosos observadores de las novedades diarias de la naturaleza. Mientras conversan están atentos a todo lo que les rodea, y cuando alguien tropieza, o comete alguna torpeza o una travesura, todos ríen. Incluso los que vienen del monte suelen contar las gracias de las que fueron testigos. Y, como en el “Dust of Snow” (*New Hampshire*, 1923. En Frost, 1979: 221) seguramente se reirían, igual que Frost, si un cuervo les arrojara de improviso un montón de nieve: “El modo en que un cuervo/ Sacudió sobre mí/ Un polvo de nieve/ Desde lo alto de un abeto// Provocó en mi corazón/ Un cambio de humor/ y mejoró el día/ que tanto me afligía”. (The way a crow/ Shook down on me/ The dust of snow/From a hemlock tree //Has given my heart/A change of mood/And saved some part/ Of a day I had rued.) (Ver versión bilingüe en el artículo de Heaney)

Asimismo, la concepción de las herramientas, como dotadas de voluntad propia, aparece en los wichí tanto como en otros poemas de Frost, como en el sombrío “ Out! Out!─” (*Mountain Interval*, 1916. En Frost, 1979:136-137). El muchacho está cortando leña con una sierra, cuando la hermana llama a la familia: *“A Cenar” y, como si la sierra supiera lo que “cenar” significa, salta* (*To tell them “Supper”/ At the Word, the saw/As if to prove saws knew what supper meant/leaped out at the boy’s hand, or he must have given the hand*) y le come la mano al muchacho que muere desangrado.

Este es el lado sombrío, el de los eventos sorpresivos que empujan a los wichí a resignarse a actuar contenidos y con atención, lo que les impide sumergirse del todo en el ensueño y en la libertad. Como esos momentos de distensión y arrobamiento son escasos, también parece encontrarse en ellos el deseo de perpetuar esos instantes de encantamiento, a veces, antes de la declinación, como ocurre en el bellísimo poema “Octubre” cuando ya la jornada se encamina hacia el invierno:

Despacio, no apresures tus horas. /Haz que el día no nos resulte tan breve./Los corazones toleran el engaño, Engáñanos, como tú sabes/ (…) Retrasa al sol con una leve niebla;/Con amatista, hechiza a la tierra./¡Despacio, despacio! *(Begin the hours of this day slow./ Make the day seem to us less brief./Hearts not averse to being beguiled, /Beguile us in the way you know/ (…) Retard the sun with gentle mist;/Enchant the land with amethyst./ Slow, slow!*)(Frost, 1979:27-28).

Finalmente, en este breve texto, nos hemos atrevido a señalar algunas convergencias entre las arboledas wichí y “Abedules” (y otros poemas) de Robert Frost. Los árboles comunican con el hogar verdadero, el de sus antepasados míticos al que llegan a través de la rememoración y el ensueño. Una pausa de serenidad y alegría que contrasta con los avatares de la vida actual, degradada e incompleta, donde sólo complejas reglas de sociabilidad les permiten sortear el conflicto y la desesperanza, a la vez que los habilita para re-encuentros efímeros con el mundo de sus antepasados míticos, al que consideran un mundo contiguo y de existencia plena en cuanto el “sentido” de la vida no está en el mundo cotidiano, que es ante todo amenazante y peligroso.

¿Y cuál sería el sentido del poema? Frost nos dice que un buen poema se reconoce por el momento en que el lector “recibe una herida incurable de la que nunca se recuperará” (La figura que surge del poema, citado en Heaney). Eso es lo que me provocó “Abedules” en mi niñez; lo que, probablemente, me llevó a los wichí, quienes −aunque quizás nunca lo sepan− también me produjeron una herida irrecuperable semejante a mis ensueños infantiles. Asimismo, en ambos casos, el mundo “real” y el de la “imaginación” se presentan como ámbitos contiguos que, a través de la rememoración poética y mítica, se vivencian de modo entrelazado.

**Bibliografía**

Barúa, Guadalupe. “Wichí of Pain, Wichí of Joy - An Interpretation of their Way of Being-in-the-World.” En revisión: *Anthropology and Humanism*, 2017.

−−−. “La expresión de la Nostalgia wichí a través de los «cantos-lamento» de las mujeres”. *Gran Chaco: ontologías, poder, afectividad. Colección “Ethnográphica”* Eds. F. Tola, C. Medrano y L. Cardin IGWIA- Rumbo Sur-CNRS-CONICET: 213-229, 2013.

−−−. “Lo eterno y lo fugaz en el ritual del Yatchep entre los wichí bazaneros*” Archivos*, Departamento de Antropología Cultural,Ediciones CIAFIC, Buenos Aires. Nº2**:** 181-206, 2004

−−−. *Semillas de Estrellas: Los nombres entre los wichí.* Ed*.* Dunken, Buenos Aires**.** 2001,

Dasso, Cristina. *La Máscara Cultural.* Ed. Ciudad Argentina, 1999

De los Ríos, Miguel. *Una visión shamánica del ciclo vital (etnía Mataco).* Ed. Tekné. Bs.As, 1976

Frost, Robert. *The Poetry of Robert Frost. The collected Poems, Complete and Unabridged* Ed. Edward Connery Lathem An Owl Book Henry Holt and Company. New York, 1979.

Heaney, Seamus. “Por encima del borde: Robert Frost”  Tomado de *Homage to Robert Frost*, Faber and Faber, London 1997. *Hablar de Poesía*: Número 26 (Traducción de Julieta Marina Herrera) Web. 19 Mayo 2015.

Palmer, John. *La Buena Voluntad Wichí: una espiritualidad indígena.* Editado por: APCD y otras ONGs. Traducción: María Rosa Torlaschi, 2005

Shand, William y Alberto Girri. *Poesía Norteamericana Contemporánea.* [Edición Bilingüe] EDISAR (Editora Distribuidora Argentina) Argentina, 1976

1. *Birches* y *Sunday Morning* son traducciones de Shand y Girri*. October* es una traducción mía. Los fragmentos restantes están tomados de la traducción de Julieta Marina Herrera para el texto de Seamus Heaney. [↑](#footnote-ref-1)